

cambio. ¡Chingón! Llego a mi casa con el disco nuevo. Ya luego me iba al Chopo cada sábado, todo jipioso, me llevaba mis mocasines de gamuza, mi pantalón de mezclilla todo rotote, y ropa lijerita, incluso playeritas tejidas como guatemaltecas, y mi pelo bien largo, mi boina del Che. Me iba caminando y me salía por el terreno de los Adanes (otra banda del barrio), salía a la López para tomar un camión que me llevara al metro Pantitlán, de ahí ya me iba yo al metro Revolución, y de ahí me movía al tianguis del Chopo ya caminando. Yo llevaba un bonche de discos, se me quedaba viendo un tipo: «¿Qué, cambias discos?» «Pues sí» «Vamos a ver qué tienes de interesante... Bueno escoge este disco importado y yo me quedo con dos de los tuyos» «¡Cámara!». Ya hacíamos un cambalache. Luego llegaba otro tipo: «¿No te gusta el Black Oak Arcansas?» «Sí, pinche grupo, está chingón» «Mira, ten, te lo regalo». Y vendí mucho tiempo en el tianguis, como hasta el 84 tuve mi puesto. Ponía mi bonche de discos y namás pasaban y preguntaban: «¿Cambias?» «Cambio y vendo, lo que tú quieras». También grababa cintas, hacía mis primeras portadas. Paralelo a todo eso, por mi cuadra pasaban unos chavos a vender el agua electropura. Y en una ocasión que me los topo camino del Chopo: «¿Qué, eres vieja o eres güey?». Que me volteo: «Soy güey ¿por qué?» «No, es que con esas mechas largas... Eres jipi ¿verdad?». Me impresioné, me quedé medio menso. En ese medio año todo fueron impresiones. Eran unos pinches punks: el pelo parado, erizo así, cortito, bien Pistols, y aquí unas entradotas en la sien, y las botísimas de negro, los pantalones engrasadísimos, pegadísimos, y siempre de negro, de negro. Ya que me les acerco y que los saludo. Eran el Texas y el Nueva Ola: «Nosotros somos de los Mierdas Punks. Ahorita andamos reclutando gente. Vénte con nosotros. Aquí no hay pedo, el que venga es bien recibido. Es más, allí te enseñamos a vestirse...» Me despedí de ellos y ya le empecé a poner más atención y ya los veía más seguido. Pasó el tiempo, una vez que encuentro al Texas, llega en su bicicleta con una nena, tenía unos lentes negros, bien Rotten, hablando con la comida en la boca, y al tiempo que hablaba escupía todo, haciendo cochinas: «Te presento a mi puta», y la manoseaba toda, y la morra bien espantada, bien sacada de onda, yo creo que era la primera vez que ese güey la sacaba y ya decía que era su puta, apenas me la iba a convertir. Con el tiempo tenía su morra, la Punk que le decían, una morra bien aferrada, bien ley con la banda. Incluso empecé a ver pintas de los Mierdas Punks en Neza, cuando la palabra punk era extraña en todo el lugar, y se veía bien apantallante. Hasta ese momento ninguna banda escribía leperadas: decían que eran la ley, su territorio, o un poema jipi pintado por ahí, o hongos, la onda del grafiti rocanrol, guitarras o güeyes greñudos. Y de repente empiezan a ver punks dibu-

jados en las paredes, o Mierdas Punks, y mucha gente se sacó de pedo con ellos. Luego luego le digo al Illy: «Qué transa, conocí a unos punks, y que los Mierdas» «¡Uau, la chingada, yo he visto reportajes en los periódicos!». Ya eran reportados, pues las primeras tocadas... Sabía de la anarquía, y que los punks se portaban como Iggy Pop y su pinche madre. Pero nunca había visto un pinche punk de a de veras. Luego ya me fie más al rol, hasta finales del 83, principios del 84, cuando ya me metí de lleno a ser punkoso, porque la verdad a esa edad nadie está definido completamente. Entonces yo andaba a la búsqueda. El punk estaba entrando en el Distrito Federal por la onda masiva: estaba entrando por la Zona Rosa y por barrios como la San Felipe, Neza, Tlane... En México empezó a entrar por Tijuana. Ya había grupos *new wave*, punkosos... Eran los primeros punks, pon tú que pequeño burgueses, eran gente que se iba a Europa, al gabacho, estaban un tiempo en España y regresaban, eran gente de billete, pero venían aquí con la onda desinteresada de estar con la banda, bien leña. Ya me hablaron que más que el vestido y la tocada y todo eso, tenía que convertirse en una forma de vida, los jipis eran eso, y posteriormente se adaptó ya para lo punk. Y yo intentaba comportarme siempre así, natural. Aunque al principio me sacaba de onda, me llegaba a cohibir, o me pesaba la facha, como que no me apetecía salir de la casa. Primero vestía como los jipis: pantalones de mezclilla rotos, de sioux o apache, pulseras, collares, motivos de la naturaleza. Cuando empecé a ir punk empecé a combinar esa facha con cadenas y seguros y candados, y me veía yo híbrido, ya ni me convencía yo. Quién sabe cómo le pusieron nombre a la banda. Circulan varias leyendas. El Texas, que dice que fue de los que iniciaron la banda, dice que le pusieron así porque había un morrito de seis o siete años, que se les pegaba mucho, que le decían el Mierda, y de ahí que los Mierdas, los Mierdas. Otros güeyes dicen que todos estaban diciendo: «¿Cómo le ponemos a la banda?» Estaban que los Vomitados, que los Gargajos, que los Gallos (por las crestas), que a lo último salió Mierdas Punks, y que a todos les gustó y se quedó así. Otros dicen que porque iban a los tiraderos de basura a buscar ropa vieja y cadenas y iban bien fachosotes. Otros dicen que les empezaron a decir así de otras bandas. Y quién sabe... Cuando se formaron los Mierdas, se juntaban en los Reyes-la Paz, que es un municipio que está al final de Neza. Cuando empezaban, la primera generación, eran doce güeyes, punks que nadie se les acercaba porque les tenían terror, bien agresivos, maquillados de la cara, con seguros, el pelo recortado (los Mierdas nunca se raparon a pelo, sino que eran pelo corto). Por aquel entonces eran todos bien *Vicious*, bien autodestructivos, bien tirados a la onda de cortarse y droga y autodestrucción. Era el juego de la autodestrucción. Había un com-

padre que le decían el Lorito que se aventaba contra las paredes y se descalabraba él solo, iba chorreando, gritando que la maldición de *Sid Vicious*. El rol de ese tiempo era tal vez de competencia: a ver qué bandas eran más fachosas, más destructivas. No era tanto exhibicionista sino de convicción: si la sociedad me quiere destruir, no le voy a dar gusto, hasta yo mismo me destruyo. Y pas, se cortaban. Era una acción bien congruente para el contexto: me autodestruyo con las drogas, cortándome, aventándome pastas...»

## El Carrusel

Neza York es una inmensa ciudad-dormitorio que a pesar de tener apenas 30 años de vida, rebasa los tres millones de habitantes: la tercera urbe del país, tras México y Guadalajara. Aunque no forma parte del Distrito Federal, sino del Estado de México, Neza está integrada en la gran metrópoli, cuyas márgenes fueron poblando los «paracaidistas», colonos ilegales provenientes de las zonas rurales del país. Construida sobre la llanura salitrosa del oriente del valle de México, sobre el antiguo lago de Texcoco recientemente desecado, la ciudad recibió el nombre del rey-poeta de Texcoco, célebre monarca de una de las ciudades de la triple alianza encabezada por los mexicas. Hacia los años 60 los fraccionadores hicieron su agosto vendiendo porciones de un antiguo territorio lacustre convertido en yermo, sin luz, agua ni los servicios mínimos, gracias a la complicidad de un poder corrupto. Sin ningún control, el arrabal creció anárquicamente con pobladores de las superpobladas «vecindades» del DF descritas por Oscar Lewis, y sobre todo por millares de emigrantes de todos los extremos del país que buscaban la tierra prometida en el apéndice de la gran Tenochtitlan, como reflejan los nombres que los primeros pobladores dieron a las nacientes colonias: Manantiales, Aurora, la Perla, Maravillas, Loma Bonita, Las Flores, El Vergel, La Esperanza... El edén prometido pronto se trocó en infierno, cuando los pobladores comprobaron las dificultades para sobrevivir en la gran urbe: «Muchos al poco de venir se arrepintieron, pero ya no podían volver a su pueblo de origen». Pues Neza no dispone de casi ninguno de los servicios que caracterizan a una gran ciudad: los lugares de reunión social son escasos; apenas hay 8 teléfonos públicos, dos oficinas de correo, una librería, dos bancos, un puesto de Cruz Roja, tres gasolineras; pero no hay parques, ni bibliotecas, ni hoteles, ni teatros, ni diario local, ni... ¡cementerio! Todos los ingredientes para convertirse en una «ciudad sin ley», hostil y violenta. Esta es la fama que se ha ganado. Cuando les digo que voy a Neza, nuestros parientes y amigos clasemedieros se echan las manos a la